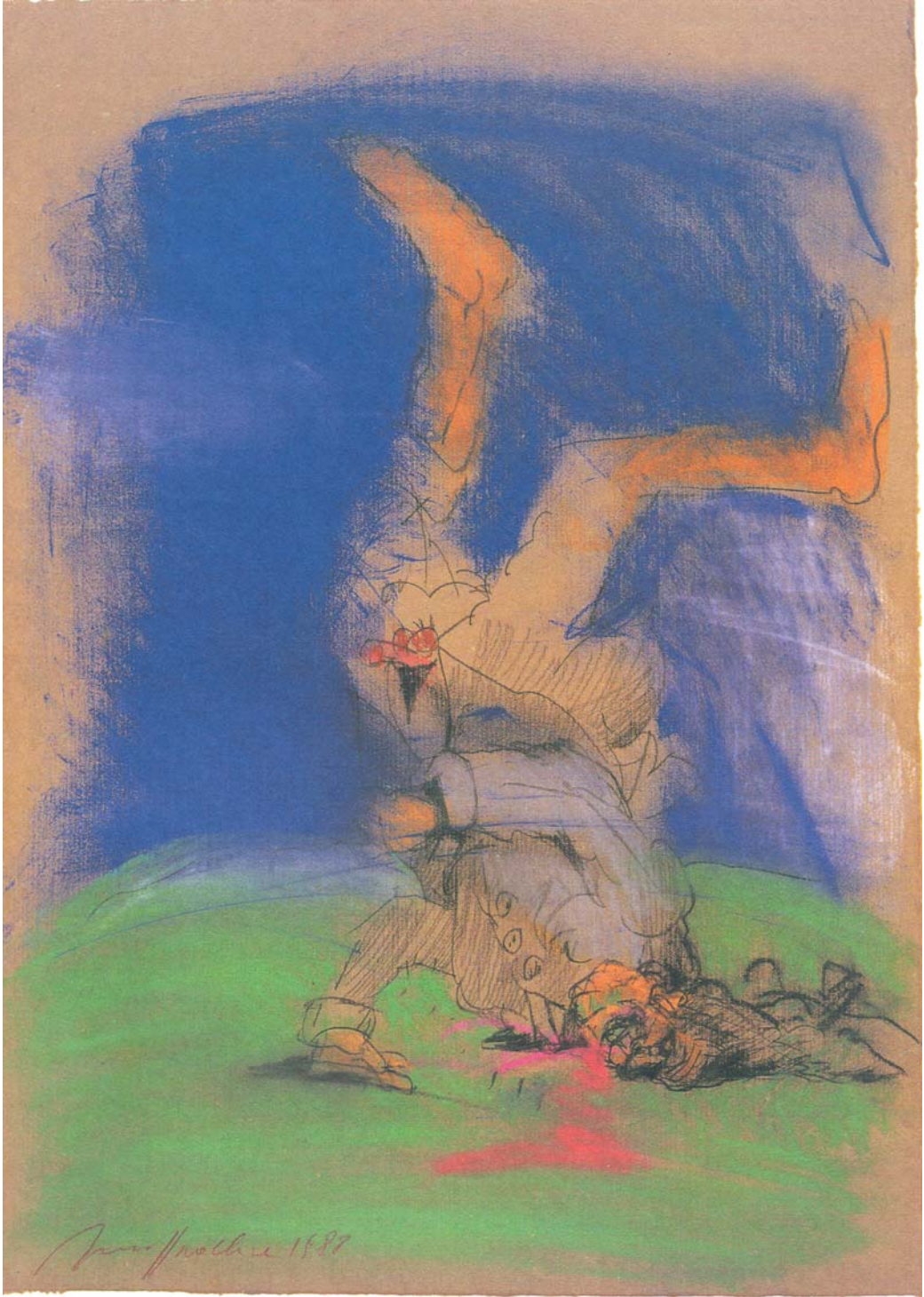


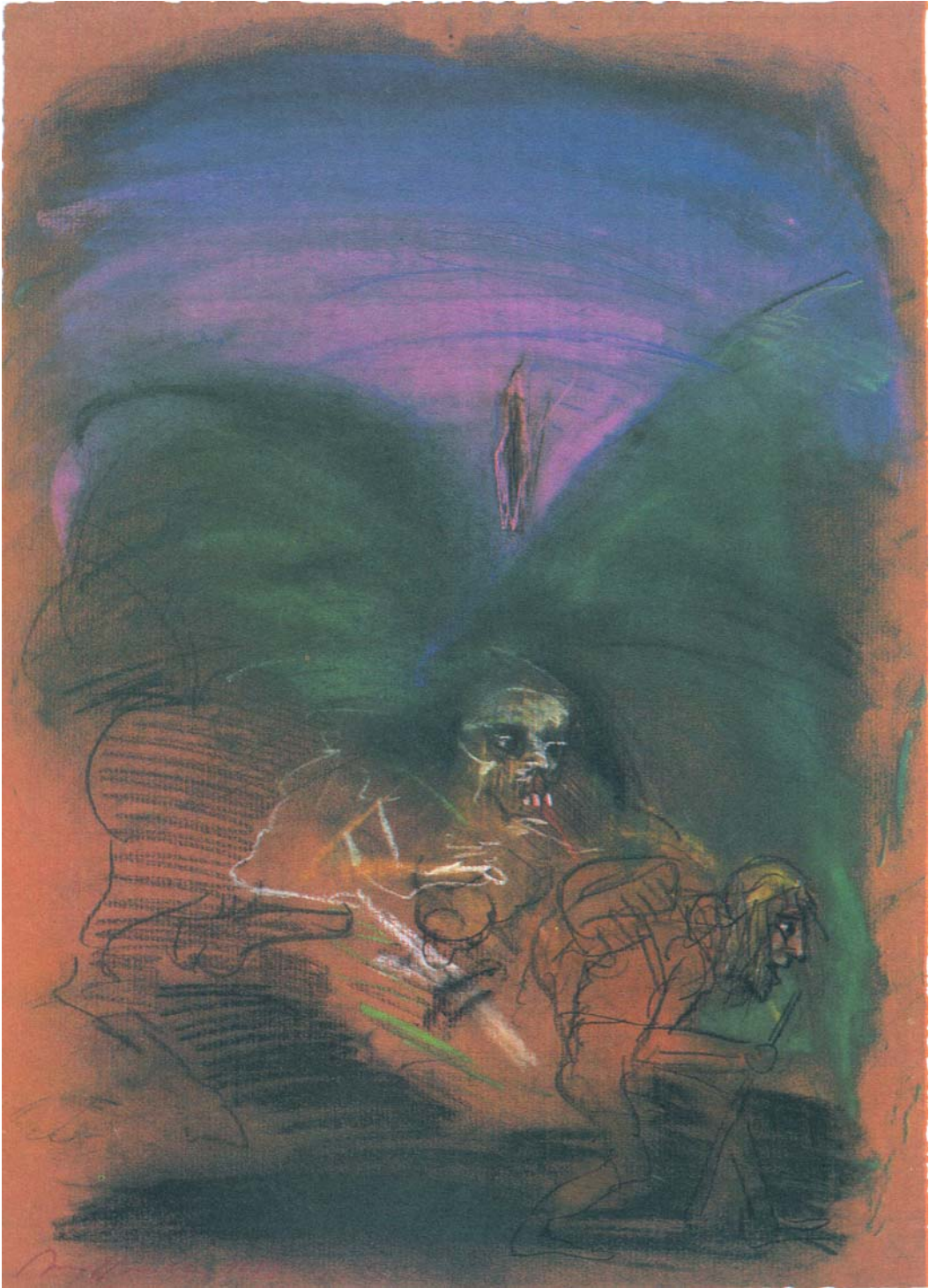
El día 20 iba Lenz por la montaña. Las altas cumbres y las cimas cubiertas de nieve; valle abajo, rocas parduscas, llanuras verdes, peñascos y abetos. Hacía un frío húmedo, el agua murmuraba en su descenso por las rocas y salpicaba el camino. Las ramas de los árboles se vencían por el peso en el aire acuoso. Unas nubes negras avanzaban por el cielo, sin embargo todo tan denso y, además, la niebla desprendía vapor y atravesaba pesada y húmeda entre los arbustos, tan lenta, tan torpe. Continuó andando indiferente, no le importaba nada del camino, ya fuera subir, ya fuera bajar. No sentía el cansancio, lo único que a veces le resultaba molesto era no poder andar cabeza abajo. Al principio le daba un vuelco el corazón cuando las piedras caían rodando de tal manera que el grisáceo bosque temblaba bajo sus pies y la niebla ora engullía las formas, ora dejaba entrever la grandiosidad de sus componentes. Algo le inquietaba, buscaba algo, quizá sueños perdidos, pero no encontraba nada. Todo le resultaba tan insignificante, tan próximo, tan mojado, que habría deseado poner la tierra al calor del hogar, no comprendía que le llevara tanto tiempo descen-

der una pendiente para alcanzar un punto a lo lejos; creía que habría podido recorrerlo todo en unos cuantos pasos. Sólo a veces sentía una opresión en el pecho cuando la tormenta llevaba las nubes al valle y el vapor ascendía al bosque y las voces se despertaban en las rocas, como si fueran truenos extinguiéndose a lo lejos y, después, bramaban con fuerza en alabanzas como si quisieran cantar a la tierra en su espontáneo regocijo y las nubes cabalgaban como corceles salvajes relinchando y los rayos del sol se abrían camino y llegaban y desenvainaban su reluciente espada en la superficie nevada, de modo que una luz brillante y cegadora cruzaba desde las cumbres al valle; o cuando la tormenta empujaba las nubes hacia abajo y se abría un mar azul claro y, entonces, el viento iba extinguiéndose y desde lo más profundo de los barrancos, desde las copas de los abetos, ascendía vibrando como una canción de cuna o un tintineo de campanas y al intenso azul le iba invadiendo un rojo suave y unas nubecillas de alas plateadas lo atravesaban y todas las cumbres de las montañas resplandecían nítidas y sólidas sobre la llanura; entonces se detenía, jadeando, el cuerpo curvado hacia delante, los ojos y la boca muy abiertos, pensaba que tenía que atraer la tormenta hacia él, atraparla todo en sí mismo, se estiraba, se tumbaba en el suelo, escarbaba para adentrarse en el universo, era un placer que le hacía daño; o bien, se quedaba inmóvil y con la cabeza apoyada en el musgo y los ojos entrecerrados y entonces todo iba alejándose de él, la tie-



rra desaparecía bajo sus pies, se hacía pequeña como una estrella errante y se sumergía en un torrente estrepitoso, cuya corriente cristalina tiraba de él por debajo. Pero sólo eran unos instantes y entonces se levantaba sereno, seguro, tranquilo como si unas sombras chinescas hubieran desfilado ante él, no recordaba nada más. Hacia la media tarde llegó a la cima de la montaña, a la parte nevada, desde donde se volvía a bajar a la llanura por el oeste, allí arriba se sentó. La tarde se fue quedando más apacible; las nubes se estancaron en el cielo, todo lo que la vista alcanzaba no era más que cumbres montañosas, desde las que se extendían vastas laderas hacia abajo y todo tan tranquilo, plomizo, crepuscular; se sentía terriblemente aislado, estaba solo, completamente solo, quería hablar consigo mismo, pero no podía, apenas se atrevía a respirar, sus pisadas retumbaban como truenos bajo él, tuvo que sentarse; un miedo superior a sus fuerzas se apoderó de él en esa nada, estaba en medio del vacío, se levantó de un salto y bajó la ladera volando. Había oscurecido, cielo y tierra se fundían en uno. Era como si algo le persiguiera, como si algo horrible quisiera alcanzarle, algo que el hombre no puede soportar, como si la locura a caballo le diera caza. Por fin oyó voces, vio luces, se sintió más tranquilo, le dijeron que aún le quedaría una media hora hasta Waldbach. Cruzó el pueblo, las lámparas desprendían luz a través de las ventanas, al pasar por delante veía en su interior niños a la mesa, ancianas, muchachas, todo en calma, rostros serenos,

parecía como si la luz emanara de ellos, sintió alivio, pronto estaría en Waldbach, en la casa parroquial. Había gente sentada a la mesa, entró; los rizos rubios caían por su pálida cara, esto hacía que contrajera involuntariamente los ojos y la boca, su ropa estaba destrozada. Oberlin le dio la bienvenida, le tomó por un artesano. «Sea usted bienvenido. Aunque no le conozca». —Soy un amigo de... y le traigo recuerdos de su parte. «Su nombre, si hace el favor...» —Lenz. «Ja, ja, ja. ¿No está publicado?, ¿no he leído alguna obra atribuida a un caballero con ese nombre?». —Sí, pero tenga usted a bien no juzgarme por ello. Siguieron hablando, buscaba las palabras y se expresaba con soltura, aunque como sobre un potro de tortura; poco a poco fue tranquilizándose, la acogedora habitación y los rostros sosegados que destacaban desde la sombra, la mirada luminosa de los niños, en la que parecía concentrarse toda la luz, se alzaba confiada y curiosa hasta la madre que, serena como un ángel, estaba sentada detrás, en la sombra. Empezó a contar cosas de su tierra natal; dibujaba toda clase de trajes regionales, todos estaban a su alrededor prestando interés, se sentía como en casa, su pálida carita de niño ahora sonreía por lo animado de su relato; se había tranquilizado, era como si viejas figuras, rostros en el olvido volvieran de lo más recóndito, canciones antiguas renacieran, se sentía lejos, muy lejos. Finalmente llegó el momento de marcharse, le acompañaron al otro lado de la calle, la casa parroquial era muy pequeña, le dieron una habita-



ción en la escuela. Subió, arriba hacía frío, era un cuarto amplio, vacío, con una cama alta al fondo, puso la lámpara en la mesa, fue de un lado para otro, volvió a hacer un repaso del día, cómo había llegado, dónde estaba; el comedor de la casa del pastor con sus lucecillas y sus rostros afables le parecía una visión, un sueño, se sentía vacío otra vez como en la montaña, pero ahora ya no podía llenarlo con nada, la luz se había extinguido, la oscuridad lo envolvía todo; un miedo indescriptible se apoderó de él, de repente dio un salto, atravesó la habitación corriendo, bajó las escaleras, se paró delante de la casa; pero fue en vano, todo estaba a oscuras, él mismo era un sueño, recuerdos aislados le pasaron por la memoria, los retuvo, parecía que tuviera que estar diciendo a cada momento «Padrenuestro»; ya no era capaz de orientarse, un instinto oculto vino a salvarle, dio puntapiés a las piedras, se arañó con sus propias uñas, el dolor comenzó a devolverle la razón, se tiró al pilón pero el agua no era profunda, chapoteó en ella. Entonces llegó gente, le habían oído, le llamaron a voces. Oberlin llegó corriendo; Lenz había vuelto en sí, ya era consciente de su situación, se sintió aliviado, ahora estaba avergonzado y entristecido por haber asustado a esa buena gente, le dijo que estaba acostumbrado a bañarse en agua fría y volvió a subir; finalmente el agotamiento le dejó dormir.

Al otro día todo fue bien. A caballo por el valle con Oberlin; amplias superficies montañosas, que desde mayor

altura se concentraban en un estrecho y sinuoso valle que se abría en múltiples direcciones monte arriba, grandes masas rocosas, que se extendían hacia abajo; poco bosque, mas todo con un solemne tono gris; un vistazo hacia el oeste tierra adentro y por la sierra que en línea recta se prolongaba de sur a norte y cuyas cimas, como en un sueño entrevelado, permanecían poderosas, solemnes o silenciosamente serenas. Potentes masas de luz que, a veces, subían desde el valle como una corriente dorada; luego, de nuevo nubes que se estacionaban en el pico más alto y entonces bajaban lentamente por el bosque hasta el valle o ascendían y descendían entre los reflejos del sol como un fantasma volador plateado; sin ruido, sin movimiento, sin pájaros, nada más que, ora de cerca, ora de lejos, el soplar del viento. También aparecían puntos en un riguroso color negro, armazones de cabañas, tablones cubiertos de paja. Las gentes, cuando pasaban a caballo, se saludaban con calma, silenciosa y formalmente, como si no se atrevieran a romper la paz del valle. En la cabaña todo era actividad, se agolpaban alrededor de Oberlin, quien reprendía, daba consejos, consolaba; por doquier plegarias, miradas confiadas. La gente contaba sueños, presentimientos. Después, rápidamente se pasaba a la vida práctica, trazado de caminos, cavado de acequias, asistencia a la escuela. Oberlin era incansable, Lenz le acompañaba a cada paso inmerso tanto en la conversación, como en sus ocupaciones del trabajo, como en la naturaleza.

